
Hugo Gutiérrez Vega: *dos miradas**



I **Jesuitas del siglo XVIII (fragmento)¹**

Los universitarios tenemos la obligación cotidiana de reflexionar sobre el presente, el pasado, el porvenir y la misión de la universidad. Si no lo hacemos así, si nos mostramos desatentos o abúlicos y nos encerramos en la cárcel de lo individual, serán otros los que sin reflexionar y sin los conocimientos necesarios se dediquen a elaborar teorías instantáneas y, desde perspectivas extracadémicas, hagan la crítica de la universidad pública y tomen medidas dañinas no sólo para las escuelas profesionales sino para las sociedades en las que están enclavadas, de las cuales son un reflejo no mecánico sino dialéctico. Esto significa que reciben la influencia del medio social pero también pueden influir en él con los únicos objetivos de mejorar la inteligencia y de proponer formas de convivir más justas y libres. Uno de los grandes humanistas jesuitas del siglo XVIII, el padre Francisco Javier Clavigero, pedía a los gobernadores que inspiraran sus actos en la bondad, el diálogo y la negociación; nunca en el miedo, la amenaza o el ejercicio de la horrenda violencia institucional.

La paráfrasis del padre Clavigero me lleva de una manera natural a rendir homenaje a nuestros antepasados académicos, los humanistas e ilustrados jesuitas del siglo XVIII: Francisco Javier Alegre, Francisco Javier Clavigero, Rafael Landívar, Diego José Abad... Historiadores, geómetras, matemáticos, juristas, físicos, especialistas en hidráulica, química y otras disciplinas científicas, poetas, traductores, latinistas, todos ellos son ejemplo a seguir por las comunidades universitarias, muy especialmente la nuestra, pues el padre Diego José

Abad fue rector del Colegio de San Javier, ilustre antecesor de la Universidad Autónoma de Querétaro que cumple mucho más de 50 años. A unas cuantas cuadras de este recinto podemos ver las piedras de las escuelas profesionales que, salvo por unos años durante los cuales fueron dedicadas a otras tareas, siempre albergaron los esfuerzos académicos de la comunidad integrada por profesores, investigadores y estudiantes. Por esta razón, en 1966, el prodigioso patio barroco volvió a cumplir la misión señalada por sus fundadores.

Diego José Abad es el paradigma de esa vocación humanística, del amor por las letras y las ciencias, y de la curiosidad abierta a todos los aspectos del espíritu y la materia, de la forma y el contenido. La retórica, la filosofía, el derecho, la geografía hidráulica, el álgebra, la crítica del arte, especialmente de la arquitectura, y la traducción de textos latinos, fueron algunas de las especialidades de quien es, sobre todas las cosas, un poeta excepcional “a lo divino” y un enciclopedista fascinado ante la naturaleza y la humanidad.

En 1767 era rector del Colegio de Querétaro, cuando los jesuitas fueron expulsados de los territorios de la Corona española. Esta medida mostró un carácter contradictorio, pues la tomó el más ilustrado de los borbones, Carlos III, con la asesoría de sus ministros modernizadores: Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, y José Moñino y Re-

* Textos leídos en la conferencia impartida durante los festejos de inauguración de la Casa ITESO-Clavigero. Hugo Gutiérrez Vega es poeta, ex diplomático, actual director del suplemento cultural *La Jornada Semanal*.



Patio de a Casa ITESO-Clavigero.

dondo, conde de Floridablanca. Abad, enfermo y cansado, se refugió en Ferrara y murió en Bolonia en 1779.

De su hermoso y extenso poema *Carmen Dev Rostro (Cántico a nuestro Dios)*, quisiera recordar unos versos que concentran todo su pensamiento humanístico y su amor por filosofar: “*Tu mihi ades, cuius tota est Sapientia: mitte de solio ipse tuo radios, lucemque benignus menti da: et mecum foc sit, mecumone labucet*” (Tú, de quien es la sapiencia toda, asísteme: envía tú mismo de tu solio los rayos y benigno la luz da a mi mente: y haz que conmigo esté y conmigo trabaje).

II Un retrato de Efraín González Luna (fragmento)²

Fue, por muchos conceptos, un político atípico que actuaba en la vida pública impelido por un profundo sentimiento del deber y por una actitud moral que, sin vacilación alguna y saltándome “a la torera” todos los escritos límite de la ciencia política, calificaré de neorromántica. No sé si coincidía con Friedrich von Schiller en la noción del alto valor estético de la tarea política orientada al

mejoramiento de la convivencia social y el progreso de la inteligencia, pero sí recuerdo la lúcida y estricta introspección que precedió a la escritura del discurso con el que aceptó la candidatura a la Presidencia de la república en 1952. En ella vio al país “reblandecido y desorientado, el partido débil, yo cansado y sintiéndome cada vez más solo, más abandonado”. Así vivió su intenso drama formado por los siguiente elementos:

Pavorosa posibilidad de mi candidatura, si los más aptos no pueden o no quieren aceptar el sacrificio. Esfuerzo aplastante, contradicción de mis hábitos, aficiones, planes y temperamento, de mi constitución personal más íntima e inmodificable. Sacrificio de cada momento. Incomprensión, deserción, traición. Sentimientos terribles. Enjambre de contrariedades y peripecias en todos los órdenes de mi ser y de mi vida.

Pienso sinceramente que nuestro país ha tenido pocos políticos capaces de una lucidez reflexiva y de una sinceridad tan estremecedora como la de Efraín González Luna. A lo largo de nuestra historia sólo me aventuraría a mencionar los nombres de Miguel Hidalgo, José María Morelos, Alemán, Benito Juárez, Francisco I. Madero, José Vascon-

celos, Lázaro Cárdenas, Manuel Gómez Morín, Demetrio Vallejo, José Revueltas, Heberto Castillo... Todos ellos, al margen de sus distintas posiciones ideológicas, enfrentaron la vida pública manteniendo la fidelidad a sus principios y una clara actitud moral. Por eso damos la razón a Antonio Tabucchi cuando afirma que la política es una tarea intrínsecamente mala, pero que sólo se salva en parte gracias a la actitud y a las virtudes de algunos políticos. Esta frase aparentemente paradójica produce una aplastante sensación de realismo sin concesiones, pero deja abierta una rendija a la esperanza, avizora una débil luz al final del tenebroso túnel de lo inmediato, de lo pavorosamente concreto. Sobre este tema adquiere una suprema actualidad el pensamiento de González Luna respecto a la llamada —y alabada sin recato alguno— “política realista”. El pensador social la define así:

[...] se caracteriza no por un especial acatamiento de los datos de la realidad como premisas de decisión y de conducta; sino por una relajación de resortes morales, una renuncia de la afirmación señorial y de los ásperos caminos que suben, un inerte abandono al fácil declive por el que se desciende sin esfuerzo y sin dignidad.

Estas preocupaciones derivan hacia la definición de una moral política que exige renunciaciones, sacrificios y, sobre todo, una estrecha vigilancia sobre la propia conciencia para evitar las desviaciones en los propósitos de servicio y las tentaciones del poder y de su aprovechamiento en beneficio de una persona o de un grupo. “Cobardía o desvergüenza, como entereza y rectitud, son preciados éticos, no modos de inteligencia o aprehensión de las cosas cognoscibles”, decía para señalar la necesaria ligazón entre la moral y la política. Su afirmación adquiriría un carácter especialmente perturbador en un país deteriorado por la corrupción, el autoritarismo y las trampas y triquiñuelas convertidas por los pervertidores de la función pública en datos pintorescos y en cualidades indispensables para participar en el juego político ferozmente abyecto que se efectuaba en el interior de un sistema capaz de alabar a la sumisión derivada de la frase de un casi eterno líder obrero: “En la política mexicana, como en las fotos, el que se mueve no sale.”

Recomendaba, además, a los decididos a hacer política, que asumieran una actitud patriótica en su sentido más clásico y profundo:

Para conocer las patrias hay que adentrarse en su esencia, que no es flor para ser cortada por visitantes de un día. La realidad nacional es inaccesible para turistas, mercaderes y visitantes. Hay que amarla con devoción de hijo, penetrar a sus más centrales recintos con la libre familiaridad con que los hijos frecuentan la casa de los padres, más todavía, con la emoción, al mismo tiempo jocunda y reverente, con que los nietos penetran en el aposento de los abuelos.

Estas nociones me recuerdan lo dicho por Ramón López Velarde en su ensayo titulado *Novedad de la Patria*, respecto a las cosas entrañables y mínimas que forman el alma misma de “la suave patria”. Nada solemne y campanudo sino las cosas cotidianas, como el pan en la mesa familiar, el trabajo honrado, el respeto que al darse se recibe, el gobierno honesto, las libertades necesarias para que los seres se realicen en el tiempo y en el espacio. Todo esto sólo puede darse a través de la democracia política y social, y de las elecciones libres y respetadas, pues

[...] el monopolio es negación y farsa y sólo puede eliminarse mediante una reforma de las costumbres y un esfuerzo moral de todos los sectores de la población. [...] No queremos ser el rentista de la degradación nacional, el pobre hombre que, sin perjuicios de incesantes lamentaciones, considera como necesidad preferente el seguir ganando dinero con su capital, con su empresa, con su profesión... No queremos ser la rata del naufragio, el burgués despavorido que al cruzar la estructura de la patria no tiene pensamiento ni emoción más que para el problema de su seguridad material.

Eso dice con especial vigor a los sectores medios, tan pusilánimes y egoístas, tan incapaces de mover su conciencia, tan negados a un esfuerzo que, en última instancia, propiciaría las reformas necesarias para asegurar a todos una vida digna y los bienes materiales indispensables para el desarrollo armónico de los valores esenciales de la persona humana.♦

Notas

1. Discurso pronunciado en la aceptación del doctorado *honoris causa* que le concedió la Universidad Autónoma de Querétaro, el 24 de febrero de 2001.
2. Texto incluido en el libro *Lecturas, navegaciones y naufragios*, Minimalía, México, 1999.